

Palabras pronunciadas a la Comisión Directiva  
de la Asociación Civil Universidad del Salvador, por el  
R.P. Jorge M. Bergoglio S. J., en la reunión del 19-XII-1984

1. La Universidad del Salvador —desde su nacimiento— tuvo una característica sobresaliente: no cayó en la tentación de “copiar” estructuras y organizaciones universitarias ajenas a nuestro sentir religioso y nacional, sin que por ello llegara a configurar una Institución clausurada en un nacionalismo retórico o narcisista. Esto ha salvado a la Universidad del triste híbrido resultado intelectual en el que se entremezclan los problemas nuestros con las soluciones ajenas, “internacionales, objetivas, asépticas”, lo cual no quita que —en situaciones parciales— se haya caído en problemáticas de este tipo. Pero su origen fue otro. En su concepción misma tiene la capacidad de superar el mero convertirse en “civilizadora”, en el sentido de realizar una sustitución cultural que no se nutra de la Nación a la cual debe servir.

2. En la Carta Magna de la Universidad se habla de tres lineamientos: lucha contra el ateísmo, retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias. Más que objetivos a lograr son *principios rectores* de la formulación y planificación académicas. Tales principios están encadenados, puesto que no se puede concebir el logro de alguno de ellos sin que lo propio se dé simultáneamente en los otros. Desde nuestra perspectiva argentina, la lucha contra el materialismo ateo se sustenta en la profunda fe de nuestro pueblo fiel, piedad popular arraigada por la humildad y esperanza del hombre que no se halla sometido a las terribles fuerzas de la enajenante sociedad consumista o a la razón físico-matemática de la intelectualidad científicista; piedad que es parte de su ser ya que proviene de su fundación cultural hispano-indígena. De ahí que la verdadera liberación, para nuestro modo de sentir, es la del materialismo ateo (forma supina del pecado) y esta liberación se hace en parte afirmando —como base— justamente nuestro modo de ser como pueblo. Y la profundización del



camino recorrido y el retorno a las fuentes no son otra cosa que la afirmación de nuestra propia naturaleza, es "ser" frente a la agresión de las ideologías. El universalismo nace de esa misma percepción cultural, como universal concreto (al decir de Santo Tomás) y se contrapone a todo tipo de pseudouniversalismo que tenga su origen no en la concepción de la naturaleza misma de la persona o de un pueblo; se contrapone —por tanto— al internacionalismo, al cosmopolitismo, al desarraigo cultural.

3. Teniendo en cuenta estos principios rectores comprendemos mejor nuestra misión, la que hemos recibido de la Iglesia y que ahora nos desafía a transformar —día a día— la Universidad en uno de los artífices de la identidad y proyección cultural argentinas; en un eficiente instrumento de formación y renovación de cuadros dirigenciales argentinos; en un centro de investigación y análisis consecuente con los principios enunciados; en un modelo de extensión a la región latinoamericana, hoy día tan conmovida por la violencia extremista de la izquierda, de la derecha... y del centro. Progresando en esta transformación debemos explicitar más y más la misión apostólica de la universidad, porque el anuncio de Jesucristo solamente puede darse en plenitud si está liberado de la trama engañosa de las ideologías; y —en el plano cultural, como es el de una Universidad— si logra hacerse presente en la evangelización de las culturas y en la inculturación del Evangelio.

4. La Universidad del Salvador tiene la oportunidad no común de realizar esta misión. Desde hace diez años carga con la responsabilidad —en manos de laicos— de llevar a la práctica la Carta de Principios "Historia y Cambio" (que no es otra cosa que la explicitación de lo que estaba ya en su misma misión fundacional). Estos principios rectores, que han de concretarse en objetivos, no son ya antojo intelectual o veleidad de moda, sino una expresión de la Misión encomendada, en su momento, por la Compañía de Jesús a la Universidad, que implica el deber fundamental de anunciar, en medio del avance técnico y del movimiento social, la debida perspectiva del Hombre frente a Dios, a sus hermanos y frente a las cosas, lo cual sólo es posible si se anuncia a Jesu-

cristo como clave de tal perspectiva.

5. Estos diez años transcurridos son historia de la Universidad y, como tal, han contribuido a su crecimiento. En ellos se han observado diversas circunstancias, mejores o peores, pero todas ellas integran ya la historia, constituyen algo que ya es nuestro y que no podemos negarlo si queremos seguir adelante. Todo crecimiento, todo camino hacia la madurez tiene algo de traumático, porque implica dar un paso que, como somos católicos, reconocemos ha de estar signado por el aura de la cruz. Y la cruz, único parámetro de nuestro recto crecimiento, siempre conlleva un trauma. Por ello, el seguir creciendo requiere, como contrapartida, una progresiva unificación de los hombres en torno a la misión y principios rectores que los convocan y a los objetivos que comparten. Una institución sin una doctrina que la informe es como un cuerpo sin alma, se transforma en un fin en sí misma y ahoga a los hombres en ambiciones subalternas e intereses de círculo. Nosotros tenemos doctrina, y no queremos negociarla. De ahí el renovado recurso a la Carta Magna "Historia y Cambio" que se nos pide hoy.

6. Si quisiera explicitar *algunos corolarios actuales de esta doctrina* nuestra, corolarios que ayudarán en nuestro progreso como Institución, señalaría los siguientes: la reafirmación de la persona, la reconciliación generacional, la corrección del egoísmo para lograr un mayor sentido de comunión y participación, el sentido social y nacional.

### 7. La reafirmación de la persona

En la sociedad moderna se busca cada vez más la condicionalidad ilimitada del hombre; el proceso necesario de la socialización (en la educación, salud, bienestar, participación, etc.) ha conducido en gran medida a la manipulación o insectificación del hombre. Se ha olvidado —o querido olvidar— lo específicamente humano, y esto en favor de los grandes números. Considero necesario, en la hora actual, que enseñemos a comprender a cada hombre como un acto particular, único e irremplazable, amado particularmente por Dios nuestro Señor. En otras palabras: considerar al



hombre como persona. Y los esfuerzos que —como directivos, docentes y no docentes— hagamos en favor de nuestros alumnos no es sano que estén orientados a “todos”, así en general, sino a cada uno, en cuanto persona y por tanto formando parte de una comunidad de personas. Este “cada uno” conlleva en sí el “universal concreto” que nos abre a todos los hombres.

## 8. La reconciliación generacional

En la sociedad moderna la tecnología ha impuesto un ritmo de desarrollo sorprendente. Esto es positivo. Ha posibilitado el acceso a mejores condiciones de vida a un número cada vez mayor de personas. Con todo, no están ausentes ciertas condiciones negativas dentro de ese desarrollo. Y como ningún cambio es puramente técnico, y como las ciencias positivas carecen de hermenéutica propia sino que la toman de las cosmovisiones humanísticas o ideológicas, todo esto ha traído aparejado cambios de valores, costumbres y creencias. La celeridad del cambio (sociológicamente denominada “la rapidación”) y la convicción errónea de que el hombre puede crear una nueva cultura por su propia decisión y racionalidad prescindiendo de la referencia a otros valores, ha conducido o puede conducir a la fractura generacional. Muchos padres se sienten incapaces de enseñarles algo a sus hijos. Y, en consecuencia, también la tarea educacional entra en crisis toda vez que se ha fracturado el vínculo de transmisión de valores, el diálogo generacional.

Muchos educadores sucumben a la fascinación de la creencia de que los valores son tan distintos que nada hay que transmitir. Por otra parte se destruye también la estructura jerárquica de la familia transformándola o en un simple contrato social o —peor aún— en una comunidad de “amigos”. Y al no asumir el rol de padres se desdibuja el de hijos; y éstos —a su vez— no sabrán, el día de mañana, ser padres con sus respectivos hijos.

El así llamado enfrentamiento generacional tiene también otra raíz, además de la recientemente mencionada inherente al ritmo de cambio: es la debida al egoísmo social o institu-

cional. La cristalización de las estructuras, el rechazo a todo crecimiento, el aferrarse estéril a todo lo obtenido, cierran el camino a la integración de los jóvenes. Ese deseo de mantenerlos siempre jóvenes para que no compitan lleva a la fractura generacional, a la rebelión (con la subsiguiente fractura social) o a la sumisión (con la consiguiente secuela de falta de adultez).

En la base de ambas formas de distanciamiento generacional subyace una profunda agresión a los jóvenes: o se los agrede tratándolos como adultos, como si los mayores tuvieran que aprender todo de ellos; o bien tratándolos siempre como niños sin abrirles los cauces del crecimiento maduro. Esta agresión básica se origina por considerar a la juventud no como una fuerza social (encuadrada en instituciones que son marco de seguridad de su crecimiento y su vida: familia, escuela, universidad, etc.), sino como una fuerza política, aislada y —por ende— manipulable. Todo esto supone egoísmo.

## 9. La corrección del egoísmo

Pero, ¿cómo se destierra el egoísmo? Un camino podríamos encontrarlo en la reflexión sobre sí mismo, sobre la propia naturaleza, sobre la vocación cristiana, sobre el camino recorrido. Es una pena que la exaltación del individuo que produjo el liberalismo no haya dejado históricamente una mayor tendencia del hombre hacia esa introspección. Dejó, en cambio, y como una de sus secuelas más perniciosas, la incapacidad del hombre moderno de estar a solas consigo mismo. Se llegó incluso, a través del psicologismo, a fabricar una pintura dogmática de su interioridad, de manera que se tornaría innecesario —e incluso imposible según ese “dogma”— conocerse por sí mismo. Se quiso quitar todo juicio de valor sobre la conducta, pues se la concebía siempre explicable y justificable por relación causal (mecanicista) con experiencias pasadas, no existiendo en la práctica ni responsabilidad ni libertad, ni bien ni mal. Se pretendió suplir la responsabilidad inherente a los propios actos libres por una teoría de conducta (el behaviorismo en sus múltiples versiones) cuyo irónico resultado no es otro que plasmar



hombres de buenos modales... y malas costumbres.

El lento camino para desterrar el egoísmo lleva toda la vida, pero hay que proclamarlo como un camino viable, el único viable, a través del continuo crecer de la conciencia moral, radicada fundamentalmente en el conocimiento de sí mismo, de la propia interioridad, "insistiendo" sobre ella y descubriendo en ella la ley natural sellada por Dios.

Para un educador, la lucha contra el egoísmo cristaliza necesariamente en una realidad: *el ejemplo de vida*. No es válido, según nuestra concepción, el alto nivel profesional si éste no resulta una expresión más de la coherencia de vida. Pienso que, en este aspecto, debemos crecer en conciencia. A modo de ejemplo concreto: me preocupa la situación de irregularidad familiar de algunos, y pienso que —sin quererlo— caemos en el juego liberal de distinguir entre la "vida privada" y la "vida profesional"; y esto no es formativo, sino más bien deformante para la conciencia juvenil.

#### 10. El sentido social y nacional

El bien supremo se realiza en lo social; la reflexión ética del individuo culmina en la vocación política que busca el bien común, el del entorno concreto (el nacional) y —por él— el universal. No podemos, si queremos desterrar el egoísmo, prescindir de esta ulterior proyección del compromiso ético. En nuestra formación universitaria no podemos hacerle el juego a los diversos eticismos de moda, algunos de ellos fascinantes con la asepsia propia de quien confunde universal con abstracto o internacional. A un conocimiento y a una capacitación que se base en una ética y una moral, que se desarrolle por la reflexión frente a la asimilación dogmática de arquitecturas formales y aparentes, y que tenga una finalidad que se realiza en lo social y lo nacional, a esto no podemos renunciar. Este es el sentido que hay que darle a esa pauta tradicional en el apostolado de la Compañía de Jesús: la formación de dirigentes (en este caso nacionales, latinoamericanos, universales).

Creemos un deber despertar vocaciones que surjan de opciones éticas en este sentido.

11. Todas estas reflexiones, tendientes a enmarcar nuestra concepción que inspira el apostolado universitario, afectan también a nuestro modo de proceder (no sólo en los contenidos), modo de proceder en la administración y conducción central, en la de las unidades, en la docencia, en la formación toda.

Y, en primer lugar, señalaría que se impone una franca renovación del *sentido del trabajo*, que configura esa laboriosidad honda frente a un mundo que nos pide ser moldeado, laboriosidad que confiere dignidad. Un hombre o una mujer que carezca de tal laboriosidad o la haya suplido por las varias coartadas del así llamado jet-set, no es una persona digna. Nuestro trabajo es misión de Iglesia. Recuperar, pues, la dignidad a través del medio que Dios quiso dar a los hombres para ello: el trabajo de las manos y el sudor de la frente.

Sentido del trabajo que nos libere de cualquier otra fantasía tendiente a presentarnos la actividad en la Universidad como promoción de nuestra persona o nuestra profesión.

Sentido del trabajo que conlleve austeridad, dedicación, sacrificio, ese cotidiano —y a veces tedioso— estar en la institución.

Sentido del trabajo que nos lleva a ser artesanos en su sentido más noble, el mismo sentido en el que Dios es artesano: alfarero de almas.

Por otra parte, este sentido de laboriosidad nos ayudará a corregir aspectos todavía endebles en la Universidad, aspectos que nosotros mismos iremos viendo sobre la marcha y que no es el caso señalar aquí.

El sentido del trabajo hará que nuestra actividad esté signada por la humildad y la modestia contra toda pretensión de egoísmo que procura encarnarse en lo espectacular y en las apariencias. San Ignacio gusta describir a Jesús trabajando y predicando "por las sinagogas, villas y castillos" (EE 91) sin ninguna artificialidad, sino más bien en suma humildad: "en lugar humilde, hermoso y gracioso" (EE 144). Es propio del mal espíritu procurar la espectacularidad. Como no tiene luz ni la puede dar, lo único que le queda es "fascinar" (cfr. EE 140). El Señor, en cambio, porque es la Luz, ilumina mansamente y siempre.



12. Muchas veces consideré el rico caudal de vida que tiene esta Universidad. Esta pujanza de vida le permitió surgir sin medios casi y superar situaciones que, en otras circunstancias, hubieran terminado con ella. Universidad que fue pergeñada por hombres lanzados y laboriosos, por hombres que creían en la misión recibida. Vida que hay que cuidar en todos los estratos: directivos, docentes, no docentes, egresados... Esta vida tan rica se percibe también en los alumnos. Ellos son, como lo indicara una vez la Ilma. Srta. Rectora, lo menos permanente y —a la vez— lo más importante de la Institución. Y donde hay vida hay problemas, pero problemas de los buenos, de los que surgen del crecimiento, de esos que piden a gritos ser atendidos porque —en ese reclamo— subyace el deseo de ser conducidos, de ser ayudados en el crecimiento. No se trata de los problemas de laboratorio, inventados por los maestros de las ideologías, cuyo resultado final es la dispersión, la falta de pertenencia. Por supuesto que —de cuando en vez— estos surgen también. Pero no hemos de tenerles miedo si sabemos atender a los otros problemas, los de la vida, generadores de cosechas generosas.

13. Los alumnos: lo más importante y lo más pasajero... Esto nos refiere al tiempo. Para cada alumno contamos con un tiempo muy limitado. Realidad ésta que nos invita al sabio aprovechamiento. Pero —y hablé de cosecha— el resultado de nuestra formación trasciende el tiempo limitado para cada alumno. El grano queda, bueno o malo, pero queda. Una vez terminado el trabajo, una vez hecha la cosecha, ese tiempo vuelve a nosotros, a nuestras manos, y quedará allí hecho cosecha abundante, mediocre o magra, hasta que termine el tiempo de la libertad y debamos presentarlo en ese ofertorio definitivo, al final de nuestra vida, en el juicio de Dios. Que ese día no escuchemos el iracundo “siervo malo y perezoso”, o “porque escandalizaste a uno de estos pequeños más te hubiera valido atarte una piedra de molino al cuello y arrojarte al mar”... sino más bien el otro decir divino, manso y feliz: “siervo bueno y fiel”.

